

ASOCIACIÓN DE PROFESORES Y ALUMNOS DE HISTORIA DE LA UNIVERSIDAD Y
ENSEÑANZA MEDIA DE LA REGIÓN DE MURCIA

PANTA REI
REVISTA DE CIENCIA
Y
DIDÁCTICA DE LA HISTORIA
I

MURCIA 1995

ÍNDICE

PRÓLOGO	5
ARTÍCULOS	
Hércules: Contexto general y algunas consecuencias de su enorme popularidad actual Por <i>N. Grau García</i>	9
Dimensión política de las carreras de carros en Grecia Por <i>R. Álvarez Torregrosa</i>	21
La matanza de los partidarios de Cilón: un episodio sangriento en la antigua Grecia a través de las fuentes y la historiografía Por <i>J. A. Molina Gómez</i>	27
Las Vías romanas en la comarca del Noroeste de la región de Murcia. Estado de la Cuestión Por <i>F. Fernández Matallana</i>	35
Un ejemplo de Iglesia cristiana en tierra de moriscos: la parroquial de Crevillente Por <i>B. Mas Belén</i>	41
Investigación sobre la asistencia murciana: un estado de la cuestión Por <i>J. J. García Hourcade</i>	53
La Antropología de la pobreza de Oscar Lewis Por <i>J. García Albertus</i>	59
MAESTROS DE LA HISTORIA	
La obra de M. I. Rostovtzeff Por <i>G. Fernández</i>	63
NOTICIARIO	65
ENTREVISTA A DON A. M. HESPANHA Por <i>J.J. Ruiz Ibáñez</i>	71

TESTIMONIOS

El pensamiento de Ortega y Gasset 77

DIDÁCTICA

Los manuales de historia y sus problemas. El caso de Solón y sus planteamientos «manualísticos»
Por A. González Blanco. 81

LA BIBLIOTECA DEL ESTUDIANTE DE HISTORIA..... 93

RECENSIONES. 97

INDICE

PROLOGO
COMITÉ DE REDACCION
BIENVENIDO MAS JUAN GALLARDO
MARTIN CAVERO
Dimension politica de la cultura en el mundo actual
Por R. Alvarez Torgerson
Las reformas de las universidades de España y la historia
de las fuentes y la historiografía
Por A. Molin Gómez
Las Yacimientos en la comarca del Noroeste de la región de Murcia. Estado de la Cuestión
Por R. Fernández Molinero
El ejemplo de Iglesia cristiana en tierra de moriscos: la parroquia de Crevillente
Por R. Molin Gómez
Investigación sobre la asistencia municipal: un estado de la cuestión
Por A. J. García Hurtado
La Antropología de la pobreza de Oscar Lewis
Por J. García Albarán
MAESTROS DE LA HISTORIA
La obra de M. J. Rostovtzeff
Por G. Fernández
NOTICARIO
ENTREVISTA A DON A. DE HERRANZ
Por A. Ruiz Ibáñez

LA MATANZA DE LOS PARTIDARIOS DE CILÓN: UN EPISODIO SANGRIENTO DE LA ANTIGUA GRECIA A TRAVÉS DE LAS FUENTES Y DE LA HISTORIOGRAFÍA¹

JOSÉ ANTONIO MOLINA GÓMEZ

La poderosa estirpe de los Alkmeónidas tiene una importancia primordial en la historia de Atenas². Es conocida su lucha contra Pisístrato y sus sucesores. Clístenes, uno de sus miembros más ilustres sentó las bases de la democracia, la cual llegará a su máximo esplendor de la mano de otro alkmeónida: Pericles.

Sin embargo, la gloria de los Alkmeónidas estuvo siempre empañada por una mancha deshonorosa que pasó de generación en generación a todos los miembros del *génos*: el estigma de sacrilegio, consecuencia de la profanación del altar de los suplicantes, cuando los Alkmeónidas asesinaron en suelo sagrado a sus enemigos, violando así las antiguas leyes divinas de protección a los fugitivos.

El acontecimiento no ha planteado duda acerca de su autenticidad, dado que son varias las fuentes que nos lo refieren, aunque su datación cronológica ha sido objeto de importantes disputas en la historiografía moderna, como se verá³.

Cilón, campeón de los juegos olímpicos, inicia un caudillaje popular para establecer una tiranía y toma la Acrópolis de Atenas. El alkmeónida Megakles aborta la sedición, y si bien Cilón consigue escapar, sus partidarios son asesinados en masa, pese a haberse refugiado en los altares como suplicantes.

El hecho de haber violado el derecho de asilo, que la tradición confería a los suplicantes en los templos, supuso de inmediato una fuerte reacción popular contra Megakles y los suyos, quienes tuvieron que abandonar Atenas desterrados, al ser religiosamente impuros.

Antes de iniciar la exégesis de las fuentes que nos hablan del drama, o de tratar de concretar la cronología del suceso, debemos profundizar en la concepción religiosa ateniense y en general griega arcaica, pues sólo así podremos comprender por qué razón el estigma de sacrílegos e impíos persiguió a la estirpe alkmeónida de entonces en adelante, y fue lugar común de la propaganda contraria a este clan aristocrático.

1 Este trabajo pretende ser sólo un mero preámbulo para estudios de mayor amplitud que engloben el derecho arcaico como problema y que esperamos llevar a cabo próximamente.

2 Toepffer: «*Alkmaionidai*» en Pauly-Wissowa *Real Encyclopädie der klassischen Altertumswissenschaft*, pp. 1556-1562 Stuttgart, desde 1893.

3 Moulinier, L.: «La nature et la date du crime des Alcméonides», *REA* 1946 pp. 182-202. Seguimos la exposición de este autor.

Las leyes sagradas

Para entender la inviolabilidad de los templos y altares además del derecho de refugio⁴ del que gozan los fugitivos que acuden a ellos, debemos recurrir al erudito viajero del siglo II d.C. Pausanias (*Acaya* XXIV,13), quien nos advierte:

«La cólera de la divinidad de los suplicantes es inexorable».

En el mismo pasaje nos facilita el oráculo del Zeus de Dodona:

«Respetad el Areópago y los humeantes altares de las Euménides, adonde han de acudir los suplicantes. Que no sufran daño por la espada y respéteseles la vida, porque son sagrados y están protegidos».

Pausanias recoge la opinión popular muy extendida de lo sacrosanto de los altares y la protección de los suplicantes. Las consecuencias de la violación de esta ley ancestral, sancionada por la más alta divinidad, no podían ser sino terribles. Con la violación de una ley sagrada sufría menoscabo toda la comunidad gentilicia, pues se minaban sus propios fundamentos y los del derecho arcaico.

Por otra parte, la idea de que las culpas de los padres pasan sin remedio a los hijos es ya vieja en la tradición griega. Llega a ser puesta por escrito, como en la tragedia y la historia de Eteocles y Polinices, perseguidos por el hado y sin culpa alguna por parte de ellos.

La culpa hereditaria aparece también en las obras de Solón (*Elegía a las Musas* 25-34):

«No se irrita fácilmente Zeus ante cada delito como si fuera un mortal; pero a la larga el que tiene mal corazón no le pasa siempre inadvertido y el castigo bien cierto, se hace visible al fin; unos pagan su culpa inmediatamente, otros después y los que escapan a la pena sin que les alcance el castigo de los dioses, éste llega sin falta más tarde: pagan las culpas o bien sus hijos o bien su descendencia más lejana».

Tal concepción de la venganza divina es fundamental en un mundo en donde no se ha recurrido todavía a otra cosa que leyes consuetudinarias, administradas por los clanes locales, faltando absolutamente la idea de Estado tal y como la entendería un hombre moderno, de hecho este tipo de leyes no necesitan del Estado y son previas a su nacimiento⁵.

Una idea similar la encontramos en Hesfodo, poeta de beocio del siglo VIII a.C., en *Los Trabajos y los Días*, 274 y ss:

4 Caillemet, E.: *Asyilia*. Daremberg-Saglio *Dictionnaire des Antiquités grecques et romaines*. I/1 pp. 504-510 París, 1969.

5 Véase algunos pasajes de fuentes clásicas relativos a Edipo y su desafortunada descendencia. Buen ejemplo es también la culpa que pesa sobre los Tantálidas, cuyo heredero más señero es Orestes, asesino de su propia madre. Otros ejemplos de culpa hereditaria en fuentes no clásicas los hallamos en pasajes de la Biblia: Génesis 3,13. Salmos 109 (108),6. Sobre inviolabilidad de altares o derecho de asilo: Éxodo 21,14. Números, 35, 32. Libro Primero de las Crónicas 22,8. La culpa hereditaria es además una constante en la Edad Media y Moderna en las familias nobiliarias, las cuales llegan a heredar signos infamantes en su heráldica.

«Escucha a la justicia y olvídate por entero de la violencia. Pues esta ley ha dado a los hombres el hijo de Crono: a los peces, a las fieras y a las aves voladoras que se devoren los unos a los otros, pues no existe justicia entre ellos; a los hombres en cambio les dio justicia, que es el mayor de los bienes. Pues si alguien, plenamente consciente, quiere proclamar lo justo, a él, Zeus de amplia mirada, le concede la prosperidad, pero el que con sus testimonios, haciendo de intento un perjurio, miente y dañando a la justicia, causa un trastorno irreparable, entonces la descendencia de éste quedará cada vez más oscura, mientras que la descendencia del hombre fiel a sus juramentos llegará a ser en el futuro, mejor».

Toda la comunidad basaba su existencia en lazos de sangre y de dependencia y en cultos ancestrales que eran lugares de referencia común para todos. Si desaparecieran estos fundamentos la ruina de la comunidad sería segura, este pensamiento está tan arraigado que llegará a sobrevivir durante generaciones, aun cuando las condiciones sociales hayan cambiado.

Los testimonios escritos

Varios historiadores antiguos han dejado testimonio de la matanza de los partidarios de Cilón, se verá la distinta forma de tratar el hecho y los problemas cronológicos que se han suscitado.

Pese a que los historiadores griegos a partir de Heródoto afrontan el estudio del pasado desde un punto de vista más laico, siendo más críticos con respecto a las antiguas tradiciones, lo cierto es que su mentalidad está aún arraigada en viejas creencias.

Nuestro testimonio más antiguo lo encontraremos en Heródoto, viajero y estudioso del siglo V a.C., está muy interesado en exponer el conflicto entre griegos y bárbaros, pero incidentalmente recoge historias y tradiciones de valor histórico.

De esta manera se refiere al acontecimiento que nos ocupa en *Historias* V, 71:

«La razón de que ciertos atenienses recibieran el nombre de sacrílegos fue la siguiente. Hubo una vez en Atenas un tal Cilón, un individuo que se había alzado con la victoria en los juegos olímpicos. Este sujeto se encaprichó de la tiranía y se granjeó el apoyo de un puñado de gentes de su misma edad, tratando de apoderarse de la Acrópolis; pero como no consiguió su propósito, se sentó al lado de la imagen acogiéndose a sus protección. Los prítanes de los naucraros, que a la sazón gobernaban Atenas lograron que abandonaran dicho lugar para responder por su actitud con la promesa de respetar sus vidas; sin embargo, los asesinaron y se acusa de ello a los Alkmeónidas. Esto sucedió antes de la época de Pisístrato».

Del testimonio de Heródoto puede deducirse que la historia del sacrilegio era ya conocida en tiempos de la tiranía, pues una referencia cronológica, aunque vaga: «Esto sucedió antes de la época de Pisístrato». Es de notar además que Heródoto sigue a una fuente alkmeónida o proalkmeónida, pues trasfiere la autoría de los asesinatos a los *prítanes*, tratando de apartar la responsabilidad de los Alkmeónidas.

La siguiente narración del acontecimiento nos viene dada por un historiador posterior y ya presenta algunas variaciones, se trata de Tucídides, contemporáneo de la guerra del Peloponeso en el siglo V a.C., aunque es una especie de cronista de su generación, recoge datos del pasado para ilustrar su obra, sobre la matanza de Cilón dice (*Guerra del Peloponeso* 126 y ss):

«Este sacrilegio consistió en lo siguiente: Cílón, ateniense noble e influyente, fue vencedor olímpico en tiempos pretéritos; se había casado con la hija de Teágenes, tirano de Mégara. En una ocasión en que Cílón realizaba una consulta en Delfos, el dios le ordenó que durante la fiesta mayor de Zeus se apoderase de la Acrópolis. Tras recibir apoyo de Teágenes y convencer a los amigos, cuando llegaron las fiestas de Olimpia en el Peloponeso se apoderó de la Acrópolis con la intención de proclamar la tiranía considerando que aquella era la mayor festividad en honor a Zeus y que resultaba apropiada para él en su calidad de vencedor olímpico. Si se refería a la mayor fiesta de Zeus en el Atica o en cualquier otro sitio, ni lo entendió él ni lo aclaró el oráculo (...) sin embargo, como creyó entenderlo bien se dispuso a la acción. Cuando los atenienses se enteraron acudieron en masa de los campos y acampando al pie de la Acrópolis le pusieron sitio; pasado el tiempo, los atenienses, cansados del asedio, se marcharon en su mayoría después de encomendar la vigilancia a los nueve arcontes y dejarles plenos poderes para disponer de todo como mejor vieran, ya que en aquella época los arcontes desempeñaban la mayor parte de las funciones públicas.

Por su lado, los sitiados se encontraban débiles por la escasez de víveres. Entonces Cilon y su hermanon huyeron y los otros, como estaban agotados, y algunos incluso a punto de morir de hambre, se sentaron como suplicantes en el altar de la Acrópolis. Cuando los atenienses encargados de su vigilancia los vieron a punto de morir en el sagrado lugar, los retiraron de allí bajo promesa de respetárseles la vida; pero una vez alejados los mataron; a algunos que al pasar junto los altares de las Venerables Diosas se acogieron a ellos también los mataron. A partir de entonces ellos y su descendencia son llamados sacrílegos y reos de mancha contra la diosa. En fin los atenienses desterraron a estos sacrílegos y posteriormente los volvió a desterrar Cleómenes el lacedemonio, que apoyaba a uno de los bandos atenienses durante las lucas civiles, no limitándose a expulsar a los vivos, sino que exhumaron los huesos de los muertos y los arrojaron fuera de los límites del país. Con todo volvieron del destierro y su familia todavía sigue en la ciudad».

En el testimonio de Tucídides observamos una diferencia clara: se distinguen dos destierros mientras que esto no ocurre en Heródoto. El primero de ellos como consecuencia directa e inmediata del asesinato de los cilóneos, el segundo por idénticos motivos pero en época del rey de Esparta Cleómenes, cuando éste intervenía en cuestiones de política interna ateniense.

El antagonista del rey espartano era el alkmeónida Clístenes, es digno de mención como el recuerdo del sacrilegio jamás había sido olvidado, de ahí que se produzcan dos destierros pese al tiempo transcurrido entre ambos.

Un nuevo testimonio sobre la cuestión nos lo ofrece la *Política de los Atenienses*, obra salida de Aristóteles o su círculo hacia 330 ó 320 a.C. Su fuente principal es Heródoto, aunque también se ha nutrido de las noticias de los atthidógrafos, o escritores locales de Atenas, como ha hecho notar Jacoby⁶

El pasaje es como sigue:

6 Jacoby, F.: *The local chronicles of Ancient Athens*. Oxford, 1949.

«Bajo la acusación de Mirón, en sagrado jurando según su rango noble. Declarado el sacrilegio, aquéllos fueron sacados de sus tumbas y su linaje desterrado a perpetuidad. Epiménides de Creta, purificó la ciudad»(Frag.1)

«A los compañeros de Cilón que, por causa de la intentona de la tiranía, se habían refugiado en el altar de la diosa, los mataron los de Megakles. Y a los que perpetraron tal muerte los desterraron por sacrílegos». (Frag.8)

Aunque el pasaje está fragmentado la significación parece clara, se deduce que pasó un interin entre el asesinato y la expulsión, la cual estuvo precedida por un juicio. Es interesante constatar que el destierro al que se refiere este pasaje es distinto del que los Alkmeónidas tuvieron que afrontar a fines del siglo VI a.C. con Clístenes y que en la misma obra se refiere más adelante.

Isócrates, brillante orador ático del siglo IV a.C. habla del destierro alkmeónida en los siguientes términos (*Carreras de caballos* 21–30):

«Aunque eran parientes de Pisístrato, y estaban próximos a éste más de los que estaba cualquier otro ciudadano, se negaron a participar de su tiranía y prefirieron exiliarse de su patria antes que ver a sus compatriotas esclavizados. Y durante cuarenta años de discordias civiles los tiranos odiaron a los Alkmeónidas más que a ningún otro ateniense, llegando al extremo no ya de saquear sus casas sino también de profanar sus tumbas».

Hay que prestar atención al detalle de la profanación de las tumbas que admite comparación con el pasaje anteriormente citado de Aristóteles. Sin embargo está claro que está aludiendo al destierro que tuvo lugar bajo Pisístrato, profundo rival de los Alkmeónidas.

El discurso de Isócrates abunda en la idea de los Alkmeónidas como campeones de la libertad, opuestos a la tiranía que aparece como algo realmente pernicioso. Es evidente que en esta fuente ha intervenido la propaganda democrática, y además claramente filoalkmeónida, cosa que concuerda con el hecho de que los dos alkmeónidas más importantes (Clístenes y Pericles) hayan sido verdadero artífices de la democracia.

Un autor ya muy alejado de los hechos, Plutarco (50–120 d.C.) nos habla de ellos en sus *Vidas Paralelas* el mismo Plutarco admite abiertamente haber utilizado sus biografías con un fin más moralizante que histórico: *«Con admirar las obras va unido de inmediato el deseo de imitar a quienes las ejecutan» (Per.1).*

Es un historiador distinto de Heródoto y de Tucídides, no es el testigo de su tiempo que se refiere al pasado incidentalmente y para ilustrar el presente, ni expone de forma sistemática la constitución de su ciudad como hubiera hecho Aristóteles; antes bien, pone su vista en el pasado para extraer situaciones ejemplarizantes, modelos de conducta; se trata del biógrafo de los grandes hombres.

Así refiere los acontecimientos (*Vida de Solón*, 12):

«Hacía ya entonces tiempo que traía inquieta a la ciudad el atentado cilóneo, desde que el arconte Megakles había persuadido para que comparecieran con el fin de ser juzgados, a los partidarios de la conjuración de Cilón, que se habían acogido al templo de la diosa; y como habiendo tomado a este fin un hilo de estambre atado a la estatua de la diosa, éste se hubiese roto por sí cuando bajaban por templo de

las Euménides, Megakles y sus colegas trataron de echarles mano como que la diosa se desentendía de ellos; y a los que estaban en la parte de afuera los apedrearon; los que se refugiaron en las aras fueron muertos; y sólo quedaron con vida aquéllos que imploraban la compasión de las mujeres de aquéllos: de entonces venía el que siendo mirados como abominables o excomulgados, se les tuviese odio. Sucedió que los que quedaron de esta facción se hicieron otra vez poderosos, y estaban en continuos choques con los de Megakles; y en aquella época estaba la disensión en su mayor fuerza, y el pueblo enteramente dividido. Solón, que gozaba ya de gran crédito, se puso de por medio con los principales atenienses, y ora con ruegos, ora con persuasiones, recabó de los mal mirados que fuera en juicio en donde se defendiesen, y que se sujetasen a una sentencia, siendo trescientos los jueces, tomados de lo más escogido. Fue acusador Mirón de Flía; y vencidos aquéllos en la causa, cuantos de la facción vivían, fueron desterrados; y los restos de los muertos fueron exhumados y arrojados fuera de los términos. Sobrevinieron los megarenses en medio de aquellas turbaciones; perdieron los atenienses Nicea y otra vez fueron despojados de Salamina».

Plutarco coloca el acontecimiento en vida de Solón (quien más adelante llega a conocer a Pisístrato incluso), da por sentado el asesinato en masa bajo condiciones sacrílegas. La magnitud del hecho es tal que ha de acudir el Epiménides de Creta para purificar la ciudad. Plutarco da además un indicio cronológico, a consecuencia de las disputas internas los atenienses pierden ante Mégara sus posiciones en Nicea y Salamina. Por Heródoto y Aristóteles sabemos que ocurrió en la juventud de Pisístrato.

La distancia cronológica entre el sacrilegio y la división civil de Atenas (la conocida división en las facciones de la montaña, la costa y la llanura) debió ser, según Plutarco, escasa.

El hecho que narra Plutarco en la biografía de Solón ha sido mediatizado para exaltar aún más su figura de mediador ilustre entre facciones enfrentadas, se nos ofrece un Solón capaz de acabar con la espínosa situación provocada por los Alkmeónidas, así como de poner fin a las disputas intestinas, tal y como luego se desarrolla la biografía.

Plutarco también distinguirá el destierro ocasionado directamente por el sacrilegio, y otro destierro ocurrido ya en tiempos de Pisístrato, cuando Solón era ya, según Plutarco, muy viejo.

Otros autores aportan evidencias para la aclaración de la muerte de los cilóneos, pero ya no revisten la importancia de las fuentes anteriores, de esta forma Heráclidas del Ponto, historiador del que no se conoce su obra completa, culpa a Megakles de sacrilegio y asesinato. Menos datos da aún Pausanias, el cual se limita a consignar el suceso como posterior a los tiempos de Codro, rey mítico de Atenas.

La historiografía

Una vez expuestas las fuentes hay que enfrentarse al problema de la cronología, la fecha del asesinato sacrílego ha planteado discusiones entre autores modernos: De Sanctis y Beloch de un lado, y Ledl por otro.

De Sanctis⁷ y también Beloch⁸ hablan en favor de un destierro situado en el siglo VI a.C.; el

7 De Sanctis, G.: *Atthis. Storia della Repubblica Ateniense*. Roma, 1898.

8 Beloch, K.J.: *Griechische Geschichte*. Heidelberg, 1912

hecho de que en la lectura de las fuentes se dé la impresión de que los acontecimientos sucedieron antes de la legislación de Dracón, sería a juicio de estos autores, sólo una apariencia. La alusión al juez Mirón de Flía puede ser interpretada así: Flía es el topónimo de un *demos*, y el tal Mirón debía ser miembro de la *Bulé*, todo lo cual es comprensible si estamos en época de Iságoras, rival de los Alkmeónidas en la segunda mitad del siglo VI a.C. Sería relevante además el hecho de que haya alusión a trescientos jueces, número coincidente con los partidarios de Iságoras. Plutarco además alude a la pérdida de Salamina, que tuvo lugar antes de la madurez de Pisístrato. Lo que habría ocurrido en realidad sería que, la tradición historiográfica ya desde antiguo, tendió a desdoblarse el destierro alkmeónida del 508 a.C., mucho mejor documentado. Los partidarios de Iságoras habrían inventado el primer destierro para justificar sus acciones anti-alkmeónidas.

Ledl⁹ ha contestado estas opiniones, exponiendo que la fecha del sacrilegio ha de quedar fijada en algún momento antes de la codificación de Dracón, en el siglo VII a.C. El término de Flía no ha de ser necesariamente el de un *demos* y estar en relación con la *Bulé*, nada se opondría a que fuera una simple localidad del Atica.

Por otro lado, la cronología de Plutarco es sumamente discutible, pues no hace otra cosa que acomodarla a la figura de Solón, buscando criterios moralizantes y no puramente históricos; además se sabe muy poco de los orígenes de las contiendas por Salamina. Por Heródoto se conoce que el crimen era ya conocido en tiempos de Pisístrato, antes de Iságoras. La expresión de Heródoto «Esto ocurrió antes de Pisístrato» no parece que quiera espaciar brevemente la intentona de Cilón y la tiranía Pisistrátida.

La legislación de Dracón, además, parece el primer intento serio de vertebrar las relaciones de la ciudad y de los clanes, quizá para tratar de evitar acontecimientos como los de Cilón.

Conclusión

Las conclusiones de Ledl han sido las más aceptadas, con todo, es probable que el recuerdo de los destierros se haya mezclado en la imaginación popular. Así hemos visto como en Aristóteles se habla de la exhumación de tumbas alkmeónidas en relación directa con el sacrilegio, mientras que en Tucídides la profanación de las tumbas tuvo lugar tras las campañas de Cleómenes, sin embargo Isócrates cree (como hemos tenido ocasión de comprobar) que la expulsión de los Alkmeónidas muertos ocurrió bajo la tiranía de Pisístrato.

Al fin hemos de suponer el primer destierro alkmeónida antes de la obra legislativa de Dracón, siglo VII a.C. El *génos* volvió pronto a Atenas pues los vemos participar plenamente en el panorama político ateniense del siglo VI a.C.

La sombra de Cilón

En adelante los Alkmeónidas conocerán poder y destierro, y siempre tendrán que llevar a cuentas la carga de un sacrilegio cometido por su antepasado Megakles, si un segundo Megakles de la estirpe alkmeónida quiere emparentar con Pisístrato, verá como fracasa por temor a mezclar sangre impura. Clístenes, el gran reformador, también es acusado de impuro y expulsado de Atenas, aunque consiga volver e imponerse más tarde. El mismo Pericles hubo de oír en alguna ocasión que pertenecía a una familia de sacrilegos.

9 Ledl, A.: *Studien zur älteren attischen Verfassungsgeschichte*. Heidelberg, 1914.

Los Alkmeónidas contaron con su propia propaganda, aunque siempre era difícil eludir las acusaciones que se habían vertido contra ellos; Píndaro (522-440 a.C.), elogiando a este clan dice, en *Pítica* VII:

«En éxito nuevo me gozo. Pero esto me duele, que la envidia ataque las obras hermosas. Se dice, por cierto, que la dicha floreciente, constante, trae así al hombre lo uno igual que lo otro».